

'Sit tibi terra levis'

Víctor M. Arbeloa



NOVIEMBRE otoñal. Clásico mes de los difuntos, de las últimas cosechas y del comienzo del Adviento. El epitafio más célebre desde el siglo VI a. C., en el vasto mapa del habla griega, traducido a todos los idiomas y expresión acuñada en latín, es el que encabeza estas líneas: "Que la tierra te sea liviana". Y quien dice tierra dice: piedra, mármol, cubierta de urna... Incluso se lo decían en las estelas dedicadas a sus perros. Claro que, metáforas aparte, todo es liviano para un cuerpo difunto.

Las inscripciones sepulcrales son el grupo más numerosos de todo el material epigráfico que heredamos de la antigüedad helénica, en prosa y en verso. Algunos de los más bellos epigramas funerarios fueron obra de autores famosos como Platón, Safo, Anacreonte, Simónides..., y desde el siglo IV a. C. se convierte, sobre todo con el poeta Asclepiades, en todo un género literario ampliamente cultivado. El monumento sepulcral asegura en la memoria de los vivos la pervivencia del difunto, encomiando sus excelencias de toda clase, y es una lección suprema para todos los caminantes que pasan junto a él: La muerte es destino común de todos. También los hijos de dioses y héroes mueren. La muerte es descanso de los sufrimientos de la vida. Ésta es breve y hay que aprovecharla. Flores y hombres viven y se marchitan. La vida es un préstamo de los dioses que hay que devolver. La muerte es un sueño eterno. Malditos los que profanan las tumbas, a quienes dioses y hombres castigan.

La mayor parte de los epitafios griegos recuerdan, celebran y lloran a los difuntos "derribados" por "el funesto Destino", por la Moira o las Moiras (repartidoras), o por una "envidiosa" o "arbitraria" divinidad. Y arrojados después al "tenebroso", "amargo", "insaciable", "inflexible" Hades (sombria morada de los muertos), "que no atiende a lamentos"; o al fangoso y doloroso río Aqueronte, o a las lagunas Estigia, y Lete, "la que quita la memoria".

Encuentro un extraño epitafio, escrito por un ciudadano romano, del s. III-IV, d. C., para su sepulcro, que es también el de su esposa y sus libertos, desde el que proclama que no existe el Hades, y que todo hombre se convierte al final en "huesos y ceniza y en nada más". Otra similar inscripción nihilista se esculpió, un siglo antes, en Cirene (Norte de África): "No era y llegué a ser. No soy y no me importa". Esta fórmula se repitió exactamente, años más tarde, en Roma, añadiéndosele la coletilla: "Así de simple Y, si alguien dice otra cosa, mente: ya no volveré a ser".

En no pocos epigramas griegos se duda de que en el nunca bien descrito Hades se pueda desear algo, o pueda haber alguna alegría, o algún premio para "los buenos". Y hasta de si "los buenos" puedan morir del todo y permanecer en ese reino de la muerte, del que nunca se sale.

En cambio, muchos de los tex-

tos que celebran la muerte de pitagóricos, platónicos y neoplatónicos, así como como cultivadores de las nuevas religiones místicas, mencionan los "Campos Elisios" y las "Islas de los Bienaventurados", descritos por Homero y Platón, como destino del hombre tras la muerte: el alma, ligera, invisible e inmortal, se separa del cuerpo, sube al éter y habita con los dioses y las estrellas celestiales. El lugar se llama, una y

otra vez: "cielo"; "bóveda celeste"; "morada de Zeus"; "mansión de los dioses bienaventurados"; "mansión de los dioses del Olimpo"; "morada inmortal del éter"; "lugar destinado a los piadosos"; "lugar de los justos", "de los hombres divinos", "de los inmortales", "de los hijos de los inmortales"...

Entre los muy abundantes epigramas funerarios griegos de todos los tiempos, sin incluir los específicos camposantos cristianos, encuentro en Roma, en el siglo III, dos dísticos elegíacos que, entre una hoja de yedra, un áncora y un caduceo (la vara de paz de Mercurio), remembran al joven Calocero, cuyo cuerpo abandonó "su alma inmortal": "Ansiaba recorrer el sendero de Dios, y dejando atrás los sufrimientos de la amarga vida, subir pura [al cielo]". - En una estela del siglo III, en Ceos (Kea), isla del Egeo, el epitafio celebra al "divino Zosimiano": "Tu alma al punto echó a volar alegre hacia el cielo, para anunciar a Dios Padre tu amor, cómo amabas a todos y cómo tú también por todos eres añorado". - En fin, en un altar funerario de Eumenia (Frigia), del mismo siglo, entre otros epigramas con elementos paganos, podemos leer aún estas seis palabras, que incluyen la definitiva cristiana de "resurrección": "Todos los justos en la resurrección..."

Víctor Manuel Arbeloa es escritor



RL EPHD